Las Misiones Pedagógicas: 1931-1935

Las Misiones Pedagógicas desarrollaron durante los primeros años de la Segunda República una labor de divulgación cultural y de concienciación cívica que no tiene en nuestra Historia parangón. Lo que se propuso y logró este proyecto —así como lo que no se llegó a plantear y, por tanto, no consiguió—, hay que explicarlo teniendo en cuenta el fracaso del sistema político de la Restauración y sus secuelas sociales y culturales, documentadas precisamente en las *Memorias* de las Misiones Pedagógicas y resumibles en estos términos: caciquismo y abandono de la España rural en la mayor indigencia política y cultural. Por otra parte, las Misiones hay que relacionarlas con el krausismo y la Institución Libre de Enseñanza y, a la vez, con movimientos regeneracionistas como el costismo que pedía para España «escuela y despensa», con la Extensión Universitaria de Oviedo, con la Escuela Nueva, con las Universidades Populares, con Luis Bello y su propuesta de creación de una Sociedad de Amigos de la Escuela... Y, naturalmente, con la figura del mentor de las Misiones, don Manuel Bartolomé Cossío, quien, como ha documentado Eleanor Krane Paucker,[1] habló reiteradamente, desde 1882, de que era necesario fomentar «obras escolares complementarias», organizar «bibliotecas ambulantes», impulsar la formación «superior del profesorado escolar», para así llevar, dentro y fuera de la escuela: «acción social; difusión de los resultados; higiene; misión moralizadora; refinamiento estético».

Es cierto que en las repetidas llamadas de atención sobre las «anémicas escuelas» y la falta de «animación espiritual» en que se hallaba sumido el pueblo, especialmente en las zonas rurales, había un componente utópico y una valoración de lo educativo sobre lo económico (primacía de la «escuela» sobre la «despensa»), pero, siendo todo esto, repito, cierto, no lo es menos que las propuestas, hechas por las Misiones, de aculturación partían también de una toma de conciencia y de un compromiso con la realidad socio-política y económica sobre la que ulteriormente revertiría la acción educativa. En el caso de las Misiones no se da, en términos generales, el «fondo elitista» que descubre Elías Díaz en el krausismo:

> Resulta fácil descubrir un fondo elitista y de cierto aristocratismo intelectual en ese moderado reformismo armónico del krausismo; su sincero intento de evitar el distanciamiento con respecto del pueblo puede decirse que no logra superar el apenas disimulado recelo ante el hecho de

[1] *«Cinco años de Misiones»*, Revista de Occidente *(abril, 1981), pp. 234-236.* Cf. *también Germán Somolinos, «Las Misiones Pedagógicas de España (1931-1936)»* Cuadernos Americanos *(Septiembre-octubre, 1953), en donde ya antes que Paucker había señalado que la idea de llevar a cabo estas labores pedagógicas fue apuntada por Cossío en 1882, en su ensayo «Carácter de la educación primaria».*

la incorporación real de las masas, de la plena participación de éstas en la vida política, social y económica.[2]

Las Misiones, en definitiva, encuentran su justificación y su razón de ser en la creencia de que podían contribuir a que el pueblo (mejor que hablar de masas) se incorporara por la cultura en la vida política, social y económica. A las Misiones se las podrá acusar de haber equivocado el medio, porque la cultura no basta para alcanzar tales metas, porque antes había que cambiar las estructuras económicas del país y llevar a cabo la reforma agraria... Sí, estos argumentos pueden ser válidos a la hora de juzgar y discutir los supuestos de que partían las Misiones. Sin embargo, me parece, por el momento, más válido explicarnos qué fueron las Misiones, qué pretendieron conseguir, qué cambios fueron capaces de introducir en sus puntos originales de partida. De ahí la utilidad de la cita de Elías Díaz, pues, aun cuando él se refiere al krausismo y no a las Misiones, nos da una clave de las Misiones, ya que estando éstas en estrecha conexión con el krausismo consiguieron vencer el distanciamiento con la realidad, con el pueblo.

Importa reseñar esta diferenciación de entrada. Entre otros motivos porque se ha tendido a interpretar las metas de las Misiones como utopías asépticas y fragmentarias, como un lujo estetizante, como una simple siembra de sensaciones estéticas en tierras de barbecho. Tuñón de Lara no duda en hacer afirmaciones en el sentido siguiente:

> ... el «misionero» que llegaba al pueblo con el gramófono, el proyector cinematográfico, la biblioteca y las más de las veces con teatrillo y coro (hubo también el museo ambulante), no respondía a la idea misional de integrarse en el pueblo de misión, sino a la de aportar, en forzosa momentaneidad, elementos de cultura. Esa misión, sin transformar las estructuras agrarias de un país, era como plantar árboles por la copa.[3]

Tras estos juicios resulta, entre paradójico e irónico, que Tuñón de Lara pida a renglón seguido la no infravaloración de la obra de las Misiones. (Además, adelanto que esa nómina de aciertos que quiere atribuir a las Misiones no es más que una manifestación externa de «otras finalidades» que hay que indagar con detenimiento, dado que en estas «otras finalidades» está la clave para la comprensión de lo que pretendieron ser las Misiones.) He aquí el párrafo de Tuñón de Lara a que me refiero:

> No cabe, empero, infravalorar aquellos esfuerzos. Las Misiones daban conferencias divulgativas con proyecciones cinematográficas o fijas, recitaban poemas y romances, desde el *Mío Cid*

[2] *«Estudio preliminar» a G. de Azcárate,* Minuta de un testamento *(Barcelona, 1967), p. 15.*

[3] Medio siglo de cultura española [1885-1936] *(Madrid, 1970), p. 260. Para John Crispin, que cita también este texto en «Antonio Sánchez Barbudo, Misionero Pedagógico»,* Homenaje a Antonio Sánchez Barbudo. Ensayos de literatura española moderna *(Madison, 1981), p. 19: «... calificar su esfuerzo (el de las Misiones) de escapismo esteticista y negarle todo valor social es dar muestra de mala fe». El propio Sánchez Barbudo dio a Crispin esta opinión sobre el texto de Tuñón: «Esa crítica podrá ser justa o no, pero hay que decir que ninguno de los misioneros, que yo sepa, y no yo desde luego, confundíamos nunca "la utopía cultural con la justicia social". Veíamos la pobreza, el atraso, las injusticias, y todo ello nos afectaba mucho, aunque podíamos hacer poco o nada para remediarlo. Estábamos convencidos de la necesidad de radicales reformas. Sabíamos que la elevación del nivel cultural en los pueblos habría de tener como base indispensable la elevación del nivel económico. Y sabíamos que la República iniciaba y planeaba reformas, aunque éstas no fuesen casi nunca —por razones varias que no hemos de discutir aquí— todo lo amplias, rápidas y eficaces que hubiéramos querido. Mas con todo, nunca llegamos a creer que nuestra labor fuera inútil» (Crispin, pp. 21-22).* Cf. *nota 21 y también la postura de Rafael Dieste sobre el texto de Tuñón en la edición de su* Teatro *por Manuel Aznar (Barcelona, 1981),* passim.

hasta Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado; interpretaban en su teatrillo pasos de Lope de Rueda, de Juan del Encina, Cervantes (el Coro y Teatro del Pueblo fueron dirigidos por Alejandro Casona), creaban bibliotecas en los pueblos y hasta crearon un museo ambulante con reproducciones de Berruguete, Ribera, «El Greco» y, sobre todo, de Velázquez y Goya, que se explicaban a los campesinos.[4]

¿Cómo dar carta de valor a esta nómina de esfuerzos si se parte del presupuesto de que «esa misión, sin transformar las estructuras agrarias de un país, era como plantar árboles por la copa»? Tuñón de Lara, en definitiva, viene prácticamente a descalificar el esfuerzo «pedagógico» de las Misiones en el medio rural y de otros intentos de acercamiento de la cultura a medios obreros (la Extensión Universitaria de Oviedo, los Teatros Universitarios, las Universidades Populares, etc.). Así concluye:

> En suma, del heterogéneo panorama de corrientes culturales que hemos intentado reseñar, se desprendían, pese a esa diversidad, algunos rasgos comunes: el espíritu crítico de la realidad contemporánea, una tendencia a articular el hecho cultural en la totalidad de los hechos sociales, lo que implicaba un criterio de «popularización de la cultura» (bien en su sentido radical o bien en sentido aparencial o «populista»); en fin, el moralismo, esa carga ética de que van impregnadas tantas obras de la tradición cultural española, unida, en algunas ocasiones, al utopismo educacional, es decir, a ese intento de que todo gravite sobre una parte del binomio costiano —escuela—, olvidando, o sencillamente posponiendo el otro —despensa—, en realidad algo más complejo que despensa.
>
> La crítica de lo contemporáneo fue común a todas estas corrientes; pero algunas de ellas se encariñaron con lo rural-arcaico, en lo que tenía de negación de un sistema vigente; otros soñaron con el «hada de la cultura» que tocaría todo con su varita mágica; los de más allá clamaron su rebeldía contra una tabla de valores que habían dejado de serlo y cuya caducidad era evidente; y, algunos, trataron de buscar las raíces, de echar los cimientos de una nueva escuela de valores. Pero en estos últimos el ideologismo ético tendía ya un puente hacia la ciencia de la sociedad.[5]

Volveré sobre estos juicios críticos de Tuñón de Lara con los que, como decía, no estoy totalmente de acuerdo. Aunque hay, eso sí, un fondo de verdad en ellos, se verá, a la luz de los *Decretos* de fundación de las Misiones y de las *Memorias* de las Misiones que unas matizaciones, o incluso un replanteamiento de la cuestión, son algo necesario. Veamos, pues, unos fragmentos de esos textos para, desde ellos, ensayar una nueva aproximación a este tema.

A los pocos meses de la proclamación de la Segunda República, en *Decreto* del 29 de mayo de 1931[6] firmado por Marcelino Domingo, ministro de Instrucción Pública, se creaba el Patronato de las Misiones Pedagógicas. Los propósitos y metas del proyecto cultural que la República se aprestaba a patrocinar eran descritos puntualmente y, desde los párrafos iniciales de ese *Decreto,* se dejaba constancia de que era imperativo

> ... llevar a las gentes, con preferencia a las que habitan en localidades rurales, el aliento del progreso y los medios de participar en él, en sus estímulos morales y en los ejemplos del avance

[4] Medio siglo de cultura española, *p. 260.*

[5] Ibíd., *pp. 262-263. Sin embargo, de la Escuela Nueva dice que «en su heterogeneidad, creemos descubrir una nota esencial común: la inserción de lo cultural en el todo social; la orientación de considerar la cultura como un asunto de todos los hombres y, por añadidura, implicada, inserta en el juego de los mecanismos sociales, enlazando su porvenir con el de las fuerzas sociales ascensionales», p. 179.*

[6] Patronato de Misiones Pedagógicas: Septiembre de 1931-Diciembre de 1933 *(Madrid, 1934), pp. 153-156.*

universal, de modo que los pueblos todos de España, aun los apartados, participen en las ventajas y goces nobles reservados hoy a los centros urbanos.

Conocido es el abandono de los Poderes públicos en cuanto se relaciona con estos propósitos. Los pueblos rurales en todo el ámbito nacional apenas han conocido otra influencia que la obra modesta de la Escuela primaria, la cual difícilmente podía compensar la ausencia de otros recursos culturales y la presencia de egoísmos y afanes nocivos que mantuvieron al pueblo en la ignorancia.

La República estima que es llegada la hora de que el pueblo se sienta partícipe en los bienes que el Estado tiene en sus manos y deben llegar a todos por igual, cesando aquel abandono injusto...

Hay en este propósito, además del beneficio que la enseñanza nacional puede recibir, el deber en que se halla el nuevo régimen de levantar el nivel cultural y ciudadano, de suerte que las gentes puedan convertirse en colaboradores del progreso nacional y ayudar a la obra de incorporación de España al conjunto de los pueblos más adelantados...

El *Decreto* continuaba diciendo que, «en virtud de tales consideraciones», se creaba el Patronato de las Misiones Pedagógicas con el encargo de

difundir la cultura general, la moderna orientación docente y la educación ciudadana en aldeas, villas y lugares, con especial atención a los intereses espirituales de la población rural.

Para el fomento de la cultura en estas zonas rurales se decretaba: el establecimiento de bibliotecas populares, fijas y ambulantes; sesiones de cine; sesiones musicales de coros y/o discos; exposiciones reducidas de obras de arte «a modo de compendiados Museos circulantes que permitan al pueblo... participar en el goce y las emociones estéticas».

El Patronato debía asimismo encargarse de explicar los principios democráticos, dando

conferencias y lecturas donde se examinen las cuestiones pertinentes a la estructura del Estado y sus poderes, Administración pública y sus organismos, participación ciudadana en ella y en la actividad pública, etc.[7]

En un nuevo *Decreto* de fecha 7 de agosto de 1931,[8] se establecía, también a instancias de Marcelino Domingo, la urgencia de «divulgar y extender el libro», porque

Una escuela no es completa si no tiene la cantina y el ropero que el alumno necesita; no es completa tampoco si carece de biblioteca para el niño, y aun para el adulto, y aun para el hombre necesitado de leer. Empieza a tener España las escuelas que le faltaban; las tendrá todas en breve. De lo que carece casi en absoluto es de bibliotecas rurales que despierten, viéndolas, el amor y el afán del libro; que hicieran el libro asequible y deseable; que lo lleven fácilmente a todas las manos. Una biblioteca atendida, cuidada, puede ser un instrumento de cultura tan eficaz o más eficaz que la escuela. Y en los medios rurales puede y debe contribuir a esta labor, que realizará la República, de acercar la ciudad al campo con objeto de alegrar, humanizar y civilizar el campo, evitando que se despueble en ese anhelo angustioso de buscar en la ciudad todo lo que el campo no ha tenido hasta hoy.

[7] *El Patronato celebró, tal como le encomendaba el* Decreto *del 29 de mayo de 1931, Semanas o Quincenas Pedagógicas para grupos de maestros que no excedieran de veinte. El Museo Pedagógico Nacional, fundado en 1882, cuyo primer director fue Cossío, tenía como finalidad primordial «contribuir a la formación de maestros según criterios y métodos más modernos y eficaces que los vigentes en las Escuelas Normales»*, cf. *Juan López Morillas, «Prólogo» a Francisco Giner de los Ríos,* Ensayos *(Madrid, 1969), p. 16.*

[8] Cf. Patronato *(1934), pp. 157-159. Había también Servicios de Música, de Cine, de Coro, de Teatro del pueblo, de Guignol, de Museo Ambulante.* Cf. *también* Patronato *(1934),* passim. *Para el teatro,* cf. *Manuel Aznar, «Introducción» a Rafael Dieste,* Teatro, op. cit., passim.

En estos fragmentos que acabo de citar, de estilo a veces vago y difuso, hay indicios suficientes de que el interés pedagógico estaba motivado por una decidida voluntad de liberar a la España rural del caciquismo y del oscurantismo, de «egoísmos y afanes nocivos que mantuvieron al pueblo en la ignorancia». La República quería empezar a poner fin a una situación heredada de la larga etapa de la Restauración. Pero además del deber que asumía el nuevo régimen de «levantar el nivel cultural y ciudadano», había una no menos asumida convicción de que por medio de la cultura se ganarían adeptos al nuevo régimen y, asimismo, colaboradores para «ayudar a la obra de incorporación de España al conjunto de los pueblos más adelantados».[9] El utopismo pedagógico queda, pues, relativizado. La dotación económica que el Gobierno dedicó a las Misiones, tema del que me ocuparé más tarde, era considerado como una «inversión» que debía producir unos «dividendos», en un doble sentido de orden moral-jurídico (deber del Estado y derecho de la ciudadanía) y de orden social (posibilitar la acción y la participación de todos los individuos en la colectividad).

Importa recordar también que en torno a esta doble función de la cultura se debatía el largo pleito de la oposición política e intelectual contra la Restauración. El Patronato de las Misiones —bajo el patrocinio de la Segunda República— quiso poner en práctica unas viejas creencias y aspiraciones de introducir en la sociedad española racionalidad y ciencia, desarrollo espiritual y material. La cultura, entendida así, había de tener necesariamente una función social, política y económica. La cultura, se creía, debía instrumentar la modernización de la sociedad y su incorporación a modelos de convivencia europeos. Así, Adolfo Posada, en *Política y enseñanza* (1904), escribía:

> No creo que jamás se insistirá bastante en estudiar y señalar la significación y alcance del movimiento que suponen la «acción social» de las Universidades y las corrientes de simpatía que entre éstas, o lo que representan, y las clases populares se produce por todas partes...
>
> Quizás todo ello no es más que una manifestación natural necesaria de la transformación general que los pueblos cultos experimentan arrastrados hacia el ideal democrático, y una consecuencia lógica de exigencias de la democracia misma, que no quiere ser, que no puede ser, una expresión meramente política, sin contenido social, sin aspiraciones progresivas, sin conciencia clara de sus necesidades íntimas.
>
> En efecto; sería pueril desconocer que cada día que pasa, las sociedades modernas se convierten más y más hacia la democracia, o en otros términos, cada día que pasa adquiere en las sociedades modernas más importancia el *pueblo,* las *masas,* las clases numerosas, mejor, la totalidad de los elementos que forman la comunidad política, y esto no sólo desde el punto de vista pasivo de la atención especial que despiertan las necesidades y el mejoramiento inexcusable de las condiciones del pueblo, sino también, desde el otro punto de vista *activo,* quiero decir, en cuanto el *pueblo,* esto es, *todos* los ciudadanos de un Estado, considerados bien sea como individuos, bien formando la corporación social y política, tienden a intervenir de una manera inmediata en la dirección de las sociedades constituidas.
>
> Pues bien: ... Si el movimiento democrático, que no es hoy ya un puro movimiento igualitario como podría desprenderse de las premisas del *Contrato social* de Rousseau, resulta real, positivo, inexcusable, si por virtud de mil causas complejas, todas las clases sociales entran en la vida pública, y se convierten, poco a poco, en factores influyentes en la opinión, en instrumentos de acción social, económica y política, si la conciencia jurídica moderna rechaza cada vez con mayor repugnancia todo lo que signifique privilegio y exclusión, fiándolo todo al esfuerzo personal y a la aptitud del sujeto, la consecuencia inmediata se impone: el egoísmo más elemental

[9] *Estos tres textos entrecomillados pertenecen al* Decreto *del 29 de mayo de 1931,* cf. *nota 7.*

aconseja el mejoramiento total de las condiciones propias de cuantos de alguna manera habrán de tener que intervenir en las relaciones sociales, es decir, de todos los miembros del Estado.

Y siendo una de las esas condiciones la *cultura,* la *expansión de la cultura* tenía que ser una de las preocupaciones más apremiantes y atractivas.[10]

Luis Bello, en su libro *Viaje por las escuelas de España* (1926), después de hacer una denuncia del estado de abandono en que se hallaba la enseñanza primaria en las zonas rurales del país y de la hipocresía y cinismo de quienes afirmaban que «Quien añade ciencia, añade dolor», proponía la creación de una Sociedad de Amigos de la Escuela que, frente al desafecto e inoperancia del Estado, impulsara por medio de la iniciativa privada la urgente obra de «propagar y mejorar la educación del pueblo». Y daba estas razones que, a la vez, eran una descalificación del egoísmo y chatura de la política cultural de la Restauración:

Nosotros creemos que la Escuela primaria debe dar instrucción y educación elemental *a los niños que no pueden tener otra.* Nuestra doctrina es democrática. Piensa en el pueblo. En el mayor número. De ese mayor número saldrá luego mayor y mejor aristocracia; porque si en la economía agraria no suele darse el caso de tierras fértiles sin cultivo, aquí hay enorme masa de gentes iletradas cuya capacidad de cultura es para nosotros un misterio y para ellas mismas una tragedia. Un pueblo europeo del siglo XX no tiene derecho a dejar entregado al azar del nacimiento o a la protección del destino, que es ciego, la preparación de millones de inteligencias... «Quien añade ciencia, añade dolor». Sí. Pero también añade poder.[11]

La Segunda República recogió, en suma, estas viejas aspiraciones y, con los pocos medios a su disposición, decidió ensayar la puesta en práctica de un programa de aculturación en las zonas rurales del país. La explicación que de las Misiones Pedagógicas daba Manuel Bartolomé Cossío, en 1934, recoge, como se verá, el espíritu de los textos de Posada y Bello, ejemplos, entre otros muchos, de una corriente, en favor de la educación y de su acción social, que era compartida por sectores amplios de la oposición a la Restauración. Cossío escribía en las *Memorias* de las Misiones:

Si el aislamiento es el origen de las Misiones y la justicia social su fundamento, claro es que la esencia de las mismas, aquello en que han de consistir estriba en lo contrario del aislamiento, que es la comunicación para enriquecer las almas y hacer que vaya surgiendo en ellas un pequeño mundo de ideas y de intereses, de relaciones humanas y divinas que antes no existían.[12]

Situándose por encima de cualquier beligerancia contra el pasado reciente, Cossío exponía en las *Memorias* una teoría y una práctica cultural cuya finalidad última sería desenajenar a una población degradada por el aislamiento y el analfabetismo. Esta exposición contiene un ambicioso, y por ello algo difuso y nebuloso, programa de *estética,* en el sentido más comprensivo y amplio de esta palabra. Cossío se pronunciaba en favor de una acción cultural complementaria de la que debería corresponder a las escuelas, objeto también de una reforma en profundidad y sobre las que las Misiones habrían de actuar igualmente. Cossío apostaba por una cultura difusa, libre, antiprofesional, lúdica... Por una cultura viva y alegre que despertara el amor a la lectura y la atracción y goce de la gracia y la belleza:

[10] *Adolfo Posada,* Política y Enseñanza *(Madrid, 1904), pp. 213-215.*

[11] *Luis Bello,* Viaje por las escuelas de España *(Madrid, 1926), pp. 304 y 299.*

[12] Patronato *(1934), p. IX.*

La comunicación —decía Cossío— de la cultura difusa en todos los órdenes, que es el fin unitario de las Misiones, hace que su obra no sea profesional y hace, por tanto, que no haya de realizarse tampoco necesariamente por profesionales. Todo saber sin preocupación de profesionalidad cabe en las Misiones. Su campo de acción, el material de que puede servirse en esta esfera espontánea de la vida es tan inagotable como la vida misma. Y así, en cuanto al personal, al misionero, que, como en toda obra humana, es lo insustituible, esta de las Misiones se abre para todos, es decir, para todos sin distinción de títulos y aun con carencia de ellos. Bastan para aspirar a ser misioneros dos cosas: la primera, sentirse atraído por las orientaciones en que la Misión se inspira, germen de la probable devoción y hasta del entusiasmo venideros; la segunda, tener algo para su ofertorio y aspiración a conquistar la suficiente gracia para llegar con ella al ánimo de las gentes humildes. No es poco, pero todo es puramente humano, y nada de ello pertenece al especial programa de ninguna asignatura...[13]

Y, más adelante, concluía:

Será milagro, en efecto, que no aparezca como frívolo adorno ineficaz el intento de hacer partícipes a los abandonados, de modo paupérrimo, es cierto, pero partícipes al cabo de aquellos *quehaceres,* solícitos al ocio, de aquellos precisamente que no sirven *para* nada, sino que valen *por* sí mismos y cuya *eficacia utilitaria* quedará siempre invisible e imponderable. Será milagro, en efecto, que no parezca superfluo y lujoso el mínimo esfuerzo justiciero para llevar al pueblo en olvido la vislumbre siquiera del humano, pero privilegiado reino de lo inútil y lo contemplativo, el goce noble de las bellas emociones, la celeste *diversión,* que la humanidad, por miserable que sea, persigue con afán al par del alimento. Será milagro que no parezca suntuario el deseo, en suma, de que el peregrino desvalido que no puede ya entrar en ella alcance al menos a ver de lejos la tierra prometida.

Pero sea cualquiera el hado que haya de presidir a esta aventura, es lo cierto que en semejantes anhelos, tan peligrosamente expuestos a confundirse por la multitud con la frivolidad, el adorno y el lujo, se aquilata justamente la esencia, es decir, todo lo que de vago, insólito, escandaloso y extravagante pueda parecer en el fondo y en la forma de las Misiones a los pueblos.[14]

Se tenía, por lo tanto, conciencia del riesgo que implicaba la apuesta de las Misiones por una concepción *aparentemente gratuita* de la estética, cuando, en puridad, se reclamaba que era función de ésta una *acción humana y social complejísima.* Incluso *revolucionaria,* de considerarla desde la perspectiva ideológica liberal y progresista de una burguesía ilustrada en cuyo seno se originaba. Burguesía que había sido casi sistemáticamente marginada del poder durante la Restauración y que ahora, al proclamarse la Segunda República, instalada en el poder, quería poner en práctica unos mecanismos capaces de restituir al pueblo su dignidad e integridad humanas y, en consecuencia, un protagonismo auténtico y real en la vida pública. (Cuando estalló la guerra civil muchas de estas concepciones de la cultura habrían de ser adoptadas por la izquierda revolucionaria que, en ningún momento, tuvo capacidad —los motivos son de diversas índoles— para postular una política cultural que primeramente no tuviera que salvar el escollo de la incultura en la que se hallaba sumido el pueblo. Por eso resulta sorprendente que también desde la izquierda se ataque o se tergiverse la política que la Segunda República persiguió con las Misiones. El pueblo español, como cualquier otro pueblo, no podía ser protagonista de la historia sin haber empezado el proceso de recu-

[13] Ibíd., *pp. XIV-XV. Para lo que se esperaba del comportamiento y actitud de los misioneros, pp. XIV-XVIII.*

[14] Ibíd., *pp. XXIII-XXIV.*

peración de su dignidad e integridad individual y ciudadana. Ese empeño animaba a las Misiones.)[15]

Las *Memorias* de las Misiones, de gran utilidad para conocer la España rural en los años 30, testimonian a la vez lo que representó para los misioneros el haber entrado en contacto con esa España que ellos estaban descubriendo. Esta interacción da una nueva dimensión, sumamente significativa, a las Misiones. Se iba con un bagaje de conocimientos librescos a las poblaciones rurales y se regresaba con otro bagaje hecho de experiencias reales. El Patronato de las Misiones tuvo que adecuar sus programas al dictado de tales experiencias. Se ponía de relieve, entre otras causas, que la cultura era un concepto que había que redefinir, incluyendo en él, además de esa capacidad de despertar a los estímulos espirituales y sensibles, un aprendizaje a dominar los mecanismos del trabajo material.

En el primer libro de las *Memorias* de las Misiones, correspondiente a los años 1931-1933, los misioneros visitaron unos trescientos pueblos; distribuyeron tres mil quinientas seis bibliotecas; el Teatro y Coro recorrió ciento quince pueblos; el Museo Circulante de Pintura había expuesto sus dos colecciones de reproducciones de pintores clásicos en sesenta localidades... Casi cuatro mil pueblos se vieron favorecidos por la obra de las Misiones.

La descripción de una de las «misiones» llevada a cabo en la Puebla de la Mujer Muerta (Madrid), nos servirá para hacernos una idea del medio geográfico y humano en que la acción de extensión cultural se realizaba:

Es un pueblecito (la Puebla de la Mujer Muerta) de la provincia de Madrid, situado a 1.161 metros de altitud, en una meseta del fondo del valle que da sus aguas, por el río de Puebla, al Riato y luego al Lozoya, con la particularidad de que, a causa de lo quebrado del terreno, la vaguada no es vía natural de acceso y las sendas trepan monte arriba abandonando el valle. Se encuentra al noroeste de la provincia y su término municipal linda con la de Guadalajara. Montes ásperos y escarpados poblados de robles lo circundan e impiden que llegue el sol al caserío durante gran parte del invierno. Así la vida es triste, monótona y sin alicientes. Las casas son míseras, de piedra y barro y techo de paja muchas de ellas. El lucido interior es un lujo poco menos que desconocido. Se alumbra en candiles de aceite.

La subida fue penosa y al llegar al puerto tuvimos nieve, agua y un frío intenso. El camino está pésimo, y nosotros, poco acostumbrados a andar a caballo, pasamos momentos de apuro, pero resistimos bien con la esperanza de llegar a un pueblo que con tantas dificultades se nos ofrecía. Las primeras gentes que encontramos, después de una bajada interminable, veíamos por la tensión especial de su mirada, que hacían un esfuerzo grande para no huir, para sostenerse a nuestro paso, firmes en su puesto. El pueblo tenía un aspecto negruzco; las aguas que resbalaban por las laderas de los montes cercanos inundaban las callejas convirtiéndolas en enormes arroyos y lodazales. Un círculo de grandes montañas cerraba el pueblo, al que apenas llegaba la luz.

Muchos de los hombres y, desde luego, casi todas las mujeres y los niños, no habían salido jamás de este lugar. Vimos chiquillos que primero huyeron y luego corrían tras de nosotros asombrados y llenos de júbilo. Las mujeres vestían de negro; las niñas de diez a doce años, tenían el aspecto de mujeres minúsculas con sus faldas largas hasta los pies, que recogían al correr; el pelo tirante tras las orejas y el moño circular; las caras delgadas y pálidas, los ojos consumidos. Aun las niñas de pocos años llevaban faldas largas y corrían dando a las calles un aspecto singu-

[15] Cf. *mis introducciones a* Hora de España. Antología *(Madrid, 1975); a la reedición de Arturo Serrano Plaja,* El hombre y el trabajo *(Madrid, 1978) y a* Romancero de la guerra civil *(Madrid, 1978).*

lar. Los niños eran tristes y temerosos y la mayor parte de ellos no cesaba de toser mientras nos contemplaban. Tratábamos de acercarnos a los grupos de hombres y mujeres que, aun convencidos de nuestro carácter pacífico, se resistían, sin embargo, a entrar en relación con nosotros. Las mujeres corrían entre risas y sustos; a alguna la vimos hacer esfuerzos inauditos por contestar con serenidad a nuestras preguntas.

En este pueblo, situado en la provincia de Madrid, jamás se ha visto un automóvil, ni un carro; no conocían la luz eléctrica ni el gramófono. Viven los más míseramente de pequeñas heredades, alimentados con patatas, judías y tocino en las épocas mejores. Muchos creen en las brujas y sienten terror de las ánimas...[16]

Estas realidades de la España rural —desasistida, pobre y aislada— difícilmente posibilitaban la acción de extensión cultural. Sin embargo, esta acción se estaba llevando a cabo. Los «misioneros» iban descubriendo cómo los jóvenes y los niños eran los llamados a potencialmente sacar un provecho de estos intentos de aculturación. Notan que en los distintos pueblos hay unas actitudes y reacciones que tienen bastante en común:

Los viejos ven y escuchan con gusto el cine, la música, la poesía y la charla; pero como quien escucha un cuento maravilloso, que aparte del placer momentáneo de su belleza, no va a turbar de ningún modo la trayectoria de su vida. Los jóvenes, en cambio, prestan una atención más callada y más intensa; su sensibilidad está abierta a toda llamada, se sienten más cerca de lo que ven y con la esperanza de recorrer en algún modo los horizontes que se les revelan. Los niños lo aceptan todo con una naturalidad asombrosa, y, sin deslumbrarse, buscan con interés de aprendizaje las causas...; sienten junto a la alegría de ver el goce de comprender.[17]

En otro lugar de las *Memorias* escriben los «misioneros»:

La impresión que se recoge en estos pueblos es de que existe en ellos una virginidad, de que se hallan por primera vez ante muchas cosas. Gentes infantiles que ahora despiertan después de un sueño de siglos y para quien es todo inédito, nuevo. Una avidez inmensa de saber, de enterarse de las cosas del mundo y de la vida.[18]

Pero también descubren una gran tensión política, social y religiosa:

Existe una gran tensión, un vivo apasionamiento en torno a los problemas políticos, sociales y religiosos. Pero, en contra de lo que pudiera creerse en el primer momento, no existe un estado relativamente fijo de opinión, sino un pensamiento exaltado siempre, pero cambiante y contradictorio. La ignorancia mezclada con el apasionamiento (envenenamiento en algunos casos) hace que toda discreción sea necesaria. Y así, al explicarles la película «Granada», que daba motivo para hablar del descubrimiento de América y de la unidad de España, era imposible nombrar a los Reyes Católicos. Tampoco pudimos recitar un romance acerca de la Virgen María, ni fue posible la audición de un disco de Canto Gregoriano.[19]

En definitiva, si es cierto que, en palabras de Manuel Bartolomé Cossío,

Las Misiones añaden hoy algo nuevo, dirigido, como todo lo suyo, a educar la inteligencia y el goce del pueblo.

había, también en palabras de Cossío, un

[16] Patronato *(1934), pp. 38-39.*

[17] Ibíd., *p. 34.*

[18] Ibíd., *p. 37. Es sobrecogedor ver las fotos que recogen las caras de pasmo y admiración de los asistentes a los actos de los misioneros,* cf. Patronato *(1934),* passim.

[19] Ibíd., *p. 37. Pero hay este dato de interés en la memoria de la Misión a La Cuesta y el Carrascal (Segovia): «... el cura fue a la mayor parte de las sesiones, nos oyó interpretar el laicismo de la República y cuando terminó la Misión se quedaba leyendo* El Emilio, *de la biblioteca de las Misiones», p. 47.*

abismo entre la pequeñez con que se realiza y lo extenso y hondo de la necesidad cuyo alivio se le ha encomendado.[20]

Había, por otro lado, una paulatina constatación de que la labor de aculturación debía ir acompañada de unas «correcciones», con lo que el concepto de cultura había de ampliarse. Ya en agosto de 1933, uno de los «misioneros» más activos, Antonio Sánchez Barbudo, en unas declaraciones hechas al periódico *El Sol,* observaba:

Las Misiones Pedagógicas tienen para mí el defecto fundamental de «no abarcar» del todo. Es un pecado del cual ellas no tienen la culpa. La Misión no debería desconocer ni dejar jamás de un lado los problemas que aquejan a un pueblo que visita: el hambre, las injusticias, etc. Sólo así podrían resolverse ampliamente los otros problemas, los del espíritu. La Misión como consecuencia de su contenido limitado, «cojo» podríamos decir, se hace forzosamente, a pesar suyo, pacata, comedida, pesimista.[21]

Y a la pregunta de si creía en la eficacia de las Misiones, contestaba Antonio Sánchez Barbudo:

¿Eficacia? Pero ¿qué es ser eficaz? Quizá ser eficaz consiste en lograr lo que uno se propone. Pues bien: las Misiones logran lo que se proponen; pero deben proponerse más cosas.

En octubre de 1934 las Misiones, en efecto, «se propusieron más cosas». Se trataba de acudir a San Martín de Castañeda, Sanabria (Zamora), una de las varias zonas desventuradas de España,

no sólo con el bien de la palabra, el libro y la fiesta recreadora, sino además con el beneficio de la alimentación necesaria a los niños, la orientación higiénica, el consejo práctico y la instalación adecuada de la Escuela primaria.[22]

Esta Misión a Sanabria se llamó *Pedagógico-social.* El concepto de cultura quedaba ampliado:

Si de lo que se trata, ante todo, es de despertar y fomentar el amor a la lectura, parece natural que abunden los libros de diversión y de goce estético: bella literatura, historia, biografía, viajes... Y si de lo que se trata igualmente es de animar en algún grado el miserable aislamiento espiritual de la aldea, parece natural también que haya libros de adecuada *información* sobre aquellas ideas, aquellos problemas y aquellos conflictos que agitan el mundo en todos los órdenes del pensar y todos los fines de la vida, y cuya noción, más o menos clara, constituye aquello «humano que no puede ni debe ser extraño a ningún hombre».[23]

En esta «nueva iniciativa» se añadían a lo cultural —entendido en las anteriores Misiones como el despertar a «emociones y goces espirituales»— unos ingredientes «utilitarios». Las Misiones aprendían así de la realidad y a ella «se doblaban, pero sin romperse»,[24] sin abandonar la original función lúdico-sensoria. Y se seguía advirtiendo al

[20] Ibíd., *pp. 109 y XXIV.*

[21] *«Los jóvenes de Misiones Pedagógicas contestan a nuestras preguntas»,* El Sol *(6 de agosto, 1933). El otro joven misionero entrevistado era Enrique Azcoaga.*

[22] Patronato de Misiones Pedagógicas. Memoria de la Misión Pedagógico-social en Sanabria (Zamora). Resumen de trabajos realizados en el año 1934 *(Madrid, 1935), p. 9. Esta Memoria fue preparada por Alejandro Rodríguez (Alejandro Casona), quien la reprodujo años después bajo el título* Una Misión Pedagógico-social *(Buenos Aires, 1941).*

[23] Ibíd., *pp. 11-12.*

[24] *Me sirvo del refrán inglés, que traduzco literalmente, «To bend but not break», cuyo significado viene a ser que hay una voluntad de adaptación y transigencia sin que ello implique la renuncia a unos principios.*

Gobierno y a la opinión pública de que había un «abismo entre las necesidades culturales (en su amplio sentido) y los recursos que a remediarlas se destinan».[25]

Como sea, la Misión Pedagógico-social de octubre de 1934 fue continuación de otra anterior, simplemente Pedagógica, de la que se había hecho este sincero y dolido contraste del que se sacó un aprendizaje:

> ... allí mismo, donde el Tera se remansa espeso de peces y consejas, una pobre aldea, asomada en un teso de linares sobre el lago de Sanabria, nos sobrecogió de pronto mostrándonos al desnudo su miseria enferma y desolada, amarga de largos años sin esperanza: San Martín de Castañeda. Niños harapientos, pobres mujeres arruinadas de bocio, hombres sin edad agobiados y vencidos, hórridas viviendas sin luz y sin chimenea, techadas de cuelmo y negras de humo. Un pueblo hambriento en su mayor parte y comido de lacras; centenares de manos que piden limosna... Y una cincuentena de estudiantes, sanos y alegres, que llegan con su carga de romances, cantares y comedias. Generosa carga, es cierto, pero ¡qué pobre allí! El choque inesperado con aquella realidad brutal nos sobrecogió dolorosamente a todos. Necesitaban pan, necesitaban medicinas, necesitaban los apoyos primarios de una vida insostenible con sus solas fuerzas..., y sólo canciones y poemas llevábamos en el zurrón misional aquel día...
>
> La sombría lección aprendida en San Martín de Castañeda dio bien pronto su fruto. No habíamos llegado aún a Puebla y ya un grupo de estudiantes empezaba a cuajar la iniciativa de otra actuación inmediata y distinta en aquella zona, de acuerdo con su mísera realidad. Tenemos fe en nuestra misión —venían a decir—; se nos ha encargado una sembradura de emociones culturales y artísticas por pueblos y aldeas; allí donde la vida, aunque pobre, tiene un humano decoro material, donde hay trigos y pastos y agua limpia, donde varias generaciones supieron de escuela primaria, nuestra labor es espiritualmente útil y puede ser grato recuerdo si no llega a ejemplo fecundo. Pero hay lugares donde la actuación puramente espiritual es palabra vana, adorno montado al aire.[26]

A lo pedagógico se unía lo social, pero formando, eso, una unidad solidaria. La «obra educadora» había iniciado un proceso dialéctico con otras nuevas esferas de la realidad, que la enriquecían y la completaban. Hay hasta un rechazo del término «cultista», una actitud inútil localizable incluso en estas zonas de enorme pobreza. Inútil en cuanto implicaba una convención que situaba a la cultura a nivel de abstracción, sin ninguna relación con la definición lúdico-sensoria de las primeras Misiones ni con la nueva dimensión social a ellas adscrita. En estos pueblos de Sanabria, dirán los «misioneros», incluso «la misma escuela —primaria, pero cultista— es una berruga inútil».[27] Y la recomendación que hacen, en torno siempre a la escuela, es:

[25] Patronato *(1934), p. XXIV. En* Patronato *(1935) se dice: «Abrir el camino, iniciar la obra y darle nuestro rectorado espiritual de amigos y maestros, podíamos hacerlo y está hecho. Pero el puro problema económico de su sostenimiento no puede pesar sobre nosotros sino eventualmente, en tanto Ministerio (de Instrucción Pública) y Diputación (de Zamora) resuelvan», p. 42. A partir de 1934, en el poder las derechas, los ataques contra las Misiones (como se verá por los textos y gráficos que incluyo más adelante), se acentuó, acusándolas de ser un «lujo superfluo». A estos ataques contestó el Patronato con la Misión Pedagógico-social, pero también, a un nivel dialéctico, con las palabras del rey Lear a su hija Regania: «¡Oh, no argumentes con lo que es necesario! Aún nuestros pobres más pobres son superfluos en su mayor pobreza. No des a la naturaleza más que aquello que la naturaleza necesita, y entonces la vida del hombre es tan barata como la de las bestias»*, Patronato *(1935), p. 12.*

[26] Patronato *(1935), pp. 15-17. Hay que señalar asimismo que mientras se realizó esta Misión, durante la primera quincena de octubre de 1934, tuvo lugar la Revolución de Octubre en Asturias. En la Memoria de esta Misión se recoge el siguiente testimonio: «Cuando regresamos a Puebla de Sanabria son las doce de la noche. Allí nos llegan los primeros rumores de la convulsión revolucionaria que empieza a agitar a España», p. 21.*

[27] Ibíd., *p. 17.*

Hay que ir a esos pueblos con elementos de acción social inmediata y eficaz; darles, junto a las normas higiénicas, la posibilidad de cumplirlas; llevarles abonos y semillas y enseñarles prácticamente las mejoras posibles de sus cultivos tradicionales; dotar esas escuelas de material útil; fundar comedores y roperos; trabajar por estos niños, por estos campesinos, por estos maestros, con la inteligencia y con las manos, en comunión de ideales e intereses, y llamar vigorosamente a las puertas de la opinión pública para lograr ese esfuerzo colectivo que borre de una vez las sombras más tristes del mapa español. Llevar a los pueblos y a las escuelas los elementos precisos para su mejoramiento vital; pero no en calidad de regalo o de limosna. Obra educadora siempre: centrada en la escuela, desenvuelta en torno a la escuela, nutrida de savias escolares y con su carga de futuro sembrada en la infancia.[28]

En San Martín de Castañeda van a encontrarse con una escuela «desguarnecida, sin tradición y desvinculada», ante la cual, dirán, «no cabe sino hacer tabla rasa de lo pasado y empezar por el principio».[29] Para ellos, repiten, la solución es *empezar.*

Limpiaron y pintaron la escuela, repusieron cristales, instalaron nuevo mobiliario escolar y acondicionaron una cocina. El comedor escolar fue un éxito: «La pobre asistencia de 12 niños, que encontramos al llegar, subió repentinamente a 45 en cuanto el comedor escolar se inauguró».[30] Por otra parte, se sirvieron del comedor para introducir una dieta que, entre otras cosas, contribuyera a combatir el bocio.

Se realizaron una serie de «charlas de divulgación higiénica y sanitaria». Iban dirigidas principalmente a las madres, pues versaban con preferencia sobre «higiene de la alimentación y el vestido, consejos prácticos sobre el uso del biberón, higiene del embarazo, medidas profilácticas contra las enfermedades infantiles más corrientes».[31]

Otro aspecto de la Misión Pedagógico-social a San Martín de Castañeda fue el ensayo de introducir «una cultura agrícola de base científica»,[32] en la que se intentó dar un «mínimo de razones» y un «máximo de ejemplaridad». Y se añadía:

No íbamos a renovar su agricultura desde el punto de vista del apero —aspecto secundario aun en estas zonas de arado romano—, sino a tratar de conseguir un mayor rendimiento de su suelo empobrecido, basándonos en una alternativa de rotación adecuada a sus cultivos; a introducir nuevas semillas selectas, sobre todo de forraje, atentos a un posible incremento de la riqueza ganadera, y a ensayar, junto a su tradición de estiércol, la eficacia de abonos inorgánicos.

[28] Ibíd., *pp. 17-18. Esa «carga de futuro» había de enfrentar un terrible y desolador presente. En la Memoria de la Misión Pedagógico-social se nos describen varias escenas a las que estaban inmisericordemente expuestos los niños. Una de ellas tenía que ver con la muerte, con un entierro: «... el cadáver en unas parihuelas, sin ataúd, envuelto en una sábana blanca, rodeado de gritos y* plantos *galaicos. Las mujeres, oculto el rostro en sus capotillos pardos —luto ceremonial—, rezan en voz alta, vueltas de espaldas, pegadas a las tapias del cementerio, tan mezquino que donde cavan la nueva fosa saltan huellas recientes de otro enterramiento. Huele mal, a podre y sebo de velas. Los niños pululan curiosos entre cruces caídas... Y los niños presencian cómo, al darle tierra, se quita al cadáver la sábana que servirá para otra vez, y caen las primeras paletadas golpeando el rostro desnudo...», p. 22. En la película de Luis Buñuel,* Las Hurdes, Tierra sin pan, *puede verse igualmente el protagonismo de la muerte en un medio abandonado a la miseria, enfermedades y hambre.*

[29] Patronato *(1935), p. 19. Luis Bello, en su* Viaje por las escuelas de España, *criticaba una generalizada actitud con la que precisamente se rompía con la práctica, con el «empezar», de las Misiones. Según Bello: «No nos dejemos engañar. Somos demasiado listos para forjarnos ilusiones acerca de ninguna cosa que cuesta violencia o esfuerzo, sobre todo si el empuje hemos de darlo nosotros. Quien confíe en algún plan que exija la voluntad perseverante de más de tres personas pecará de optimista incorregible. Quien imagine medios para llevar a cabo cualquier proyecto laudable de difícil realización incurrirá en el delito de arbitrismo», p. 302.*

[30] Patronato *(1935), p. 26.*

[31] Ibíd., *pp. 34-37.*

[32] Ibíd., *pp. 37-40.*

Hicieron un estudio de las características «climatológicas, orográficas y agrícolas de la región», decidiendo, a la vista de los datos del estudio y de la pobreza forrajera, adaptar a la zona el cultivo de una «variedad de maíz americano ("Canadá 315.W.") de máxima producción forrajera y extraordinaria resistencia al frío». Pero también para este ensayo, se señala:

> Necesitábamos..., como en los anteriores, contar con la escuela, centrar en ella la vigilancia, el asesoramiento, la dirección inteligente de una obra larga en tiempo. Y pronto tuvimos la solución adecuada: una parcela, lindante con la escuela, fue cedida a ésta como campo de experimentación...

En esa parcela se mostró, de manera práctica, a la población de la aldea las nuevas técnicas de cultivo, que incluían un régimen de rotación. Entre el vecindario se repartieron semillas y abonos para que pusieran también ellos en práctica, en sus parcelas, el ensayo. Se nombró una comisión vecinal, asesorada por el maestro, para «dirigir el ensayo y anotar sus resultados durante los cuatro años», período que era necesario para experimentar las alternativas de cultivo propuestas (centeno-maíz-patata/maíz-centeno-patata/centeno-patata-maíz/patata-maíz-centeno).

En la *Memoria* de 1935, dedicada a esta Misión Pedagógico-social, se hacían estas observaciones finales:

> Y ahora, a esperar. Triunfante el ensayo, el mayor rendimiento económico de los cultivos y su repercusión en el fomento ganadero serán evidentes. Si las instrucciones dejadas no se cumplen o se desvirtúan, ¿qué podemos hacer? Aquí, como siempre, la Misión es sólo un ejemplo. Las semillas, los abonos y las normas pueden darse; el trabajo de los pueblos ha de hacer lo demás. [33]

Las Misiones, en el ámbito de la experimentación y siempre en la incertidumbre del resultado final, tan sólo pretendían, limitación que tenían plenamente asumida, poner el dedo en la llaga de ciertos problemas y señalar unos caminos conducentes a las soluciones.[34] La cultura —concepto que habían con el tiempo matizado, amplificando su contenido— era instrumentalizada para mediar en este proceso de acercamiento reformista a la realidad socio-política y económica del país. Una aspiración tal, también de ello se tenía conciencia, habría de conseguir sus metas a largo plazo. Por otro lado, les saldrían al paso a las Misiones numerosas dificultades. La más a la vista: la pervivencia de una serie de estructuras (caciquismo, reforma agraria pendiente, endémica postración de la población rural, etc.) cuya transformación no correspondía ni a las Misiones ni a nadie de manera exclusiva. Por eso, si las Misiones hicieron continuamente llamadas de atención al Gobierno y repetidamente pidieron su ayuda económica, también —se ha visto en la última cita, arriba—, expresaban la existencia de una dependencia del «trabajo de los pueblos».

Pero la acción de las Misiones fue anulada por las derechas. Truncaron una tal expe-

[33] Ibíd., *p. 40.*

[34] *En unas «Consideraciones finales» que cerraban la Memoria de la Misión Pedagógico-social se puntualizaba: «... el Patronato tiene sobre los hombros de su presupuesto una amplia y definida labor que cumplir en todo el ámbito nacional. Puesto el dedo en la llaga y abiertos los caminos de la solución, entendemos que nuestro deber está cumplido», p. 41.*

rimentación, una tal apuesta por la mediación, bien que limitada, de la cultura. Las consignaciones recibidas por el Patronato de las Misiones Pedagógicas se desglosan así:[35]

1931	1932	1933	1934
350.000 Ptas.	625.000 Ptas.	800.000 Ptas.	700.000 Ptas.

La mayor parte de estas cantidades de dinero fue destinada a la creación de bibliotecas:

1931	1932	1933	1934
211.093 Ptas.	380.348 Ptas.	453.049 Ptas.	248.043 Ptas.

En el presupuesto de 1935 se decidió negar cualquier tipo de consignación a las Misiones. Ya en el presupuesto del año 1934, el primero aprobado por las derechas, no sólo se disminuyó considerablemente el presupuesto, sino que se atacó al Patronato de forma frontal. Un diputado tradicionalista, Lamamié de Clairac, usó estos argumentos contra las Misiones:

¿Comprendéis vosotros (los diputados) que a un entendimiento rústico, sin formación de ninguna clase... es posible darle programas de Misiones Pedagógicas en que se les habla de grandes hombres de nuestra historia, y de nuestra poesía, del Cid, de Fray Luis de León, de los grandes valores del siglo XVI, y que esos hombres puedan sacar una conclusión beneficiosa a su espíritu, de la compulsa, del contraste que tienen que realizar cuando se les habla al mismo tiempo, con referencia al siglo pasado, de Riego y de las esencias del régimen republicano? ¿No creéis que todo eso, en vez de llegar a formar idea en sus cerebros, lo que hará será fomentar en gran parte su confusión? [36]

No hace falta comentar estas palabras. La cultura, en fin, con sus limitaciones, resultaba peligrosa. Este diputado tradicionalista expresaba así el ideario político de unas estructuras (caciquismo, reforma agraria pendiente, endémica postración de la población rural, etc.) que las Misiones pretendían contribuir a transformar, como vengo diciendo. Un año después, en el presupuesto de 1935, la derecha consiguió hacer desaparecer la asignación al Patronato, a pesar de que entonces se había dado una dimensión «utilitaria» a las Misiones. Américo Castro escribió, en *El Sol,* un violento artículo, «Los dinamiteros de la Cultura», en donde hacía referencia al presupuesto de 1934 y adelantaba su eliminación en el año 1935:

Mas las derechas españolas entienden ahora que su papel consiste en levantar los caminos para que una maleza abrupta vuelva a ocupar su espacio. Y pueden hacerlo con apariencias de legalidad, impunemente, sin que les formen Consejos de Guerra ni les señalen a gritos como a enemigos del género español. Porque sépase bien que tan criminal e insensato como hacer añicos la

[35] Cf. *Mariano Pérez Galán,* La enseñanza en la Segunda República *(Madrid, 1975), pp. 363-364.*
[36] *Citado por Pérez Galán, pp. 364-365.*

biblioteca de Oviedo o los tesoros de su catedral es el intento de aniquilar las Misiones Pedagógicas, que del año último a éste han bajado de 800.000 pesetas a 400.000, y que al próximo golpe desaparecerán... Por lo visto llevar a campos y aldeas cultura es un pecado mortal...[37]

En *El Sol* también, en un artículo sin firmar, se salía igualmente en defensa de las Misiones en estos términos:

Se combate a la Institución Libre de Enseñanza, a la Junta de Ampliación de Estudios, en este caso a las Misiones Pedagógicas, y nunca tienen algo con qué poner de manifiesto al país la eficacia de ninguna otra obra.[38]

El gigantesco paso atrás dado por el gobierno republicano de derechas justifica la virulencia de las palabras de Américo Castro y la denuncia del artículo anónimo de *El Sol.* Se puede aseverar que la Segunda República, en 1934 y 1935, con la victoria en las urnas de las derechas, enlazaba de hecho con la práctica del poder ejercida por la Restauración. De esta manera, se volvía una vez más a una situación en la que la España *oficial,* con todos sus organismos, daba la espalda, abandonándola a su suerte, a la España *real.*[39] Los temores y reservas que el gobierno republicano de derechas inspiraba a la intelectualidad liberal y progresista tenían unas causas similares a las que hicieron desconfiar a Francisco Giner de los Ríos de la Restauración. Juan López Morillas explica que Giner de los Ríos, quien tenía «el convencimiento de que en materia educativa nada cabía esperar por el momento de la España oficial», desconfiaba también en los comienzos de la Restauración

... de casi todos los organismos que pretendían configurar la vida nacional: monarquía, iglesia, gobierno, cortes, ejército, magistratura, universidades, ¿son en realidad estas instituciones lo que pretenden ser? Más aún, ¿acaso no adulteran aquello mismo que dicen encarnar? En él y en los que sienten su ascendiente inmediato va ganando terreno la idea de que la España que se revela a sus ojos desilusionados es una especie de comedia de figurón, en la que ciertas gentes se reparten unos papeles a sabiendas de que son, no representaciones, sino grotescas deformaciones de la vida real. La España auténtica es muy otra: es pobreza, ignorancia, apatía. Quien de veras se proponga calar en el meollo de esta otra España deberá, como primera providencia, volver la espalda a la España oficial, a sus tapujos y artimañas, limpiarse los ojos de falsa tradición, fatuo orgullo y quimérico anhelo, y esforzarse por ver claro en la sombría circunstancia.[40]

Reconocida «la sombría circunstancia», Francisco Giner de los Ríos y sus colaboradores (entre ellos Manuel Bartolomé Cossío) creían que solamente se iban a poder cambiar las instituciones a partir de una transformación radical del hombre. «Hacer hombres» es la tarea que se imponen. (Se recordará que Antonio Machado, siguiendo la

[37] *«Los dinamiteros de la Cultura»*, El Sol, *(30 de junio, 1935).*

[38] *«Las Misiones Pedagógicas»*, El Sol *(29 de junio, 1935). Fernando de los Ríos dijo en un debate parlamentario: «La obra de las Misiones Pedagógicas ha suscitado sin que sepamos por qué, una odiosidad singular; despego en algunos, odio manifiesto en otros. Las Misiones Pedagógicas es curioso que hayan despertado aquí esta sensación de enojo cuando en los medios culturales internacionales, por el contrario, han suscitado un movimiento admirativo»*, cf. *Pérez Galán, p. 365.*

[39] *A la altura de 1935 se daba un trágico paso atrás, volviéndose a una situación que había hecho escribir a un misionero un comentario como éste: «Siempre me sorprendía, al recorrer estos pueblos segovianos (estaba en Pedraza) la limpidez de los ojos infantiles. Tenían tal brillo y vivacidad que me apenaba pensar cómo al transcurrir el tiempo la inercia, falta de estímulo y sordidez ambiente, ahogarían las posibilidades humanas que en aquellas miradas amanecían»*, Patronato *(1934), p. 108.*

[40] *Juan López Morillas, pp. 12-13.*

doctrina de la Institución Libre de Enseñanza, hizo decir a Juan de Mairena: «Por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre».) La educación debía, pensaban, movilizar la realidad en un sentido esencial y trascendente, llegando a modificar de igual forma el orden social.

Las Misiones Pedagógicas, herederas y continuadoras del pensamiento de Francisco Giner de los Ríos y de la Institución Libre de Enseñanza, contaron, mientras fue posible (1931-1934), con el apoyo de un gobierno que tenía el propósito de acercar la España oficial a la real. Cuando el primer gobierno de la Segunda República creó el Patronato de las Misiones Pedagógicas pretendió, algo excepcional en nuestra Historia, poner en marcha una acción cultural que persiguiera como meta última la liberación y emancipación de todos los ciudadanos, que consiguiera restituir al hombre la integridad y la conciencia de su valor. Iniciábase así, en fin, un proceso de instrumentalización en sentido humano (y, por ello, *social)* de la cultura. Y esto, como se habrá visto más arriba, siempre de una manera dialéctica, partiendo del principio de que la cultura es un proceso actuante y abierto, en disposición constante de adaptarse a la naturaleza en sus manifestaciones y necesidades más diversas.

Las Misiones Pedagógicas actuaron, de cualquier modo, en un contexto de grave crisis social y política, en un medio durante siglos empobrecido y degradado (Giner de los Ríos llegó a referirse a la existencia en España de unos «limbos de la animalidad, donde el niño y el hombre primitivo dormitan...»[41]). Su acción cultural (o pedagógico-social) se vio limitada por esta realidad. A ello habría que sumar la cuestionable sublimación de la capacidad transformadora de la cultura, con independencia (o haciendo abstracción) de un cambio en profundidad de las estructuras económicas. La pregunta que habría que hacer a las Misiones vendría a ser: ¿Para qué liberar y desenajenar al hombre? ¿Para simplemente «elevarle a la plenitud de su ser»? A esta dimensión ética (con un ingrediente —al que nos hemos referido varias veces— social) parecía reducirse la acción transformadora de las Misiones. Desde una perspectiva revolucionaria la insuficiencia de la acción emancipadora de las Misiones es patente. Pero su acercamiento a la realidad, en crisis endémica y secular, y su utopismo, cuyas bases se apoyan en un conocimiento de lo real, habrían de hacernos pensar que existía la voluntad y el compromiso decididos —aunque sea de forma implícita— de movilizar la realidad, lo real, en una dirección que necesariamente rebasaría cualquier limitación.

Tal vez debamos, ésa ha sido mi intención, aproximarnos al tema de las Misiones Pedagógicas, como a otros proyectos culturales que las precedieron y tienen con ellas afinidad, sin imponer, desde la izquierda, ninguna limitación doctrinaria, partidista o que responda a un prejuicio. En definitiva, el humanismo que anima el proyecto de la Institución Libre de Enseñanza y de las Misiones Pedagógicas iba encaminado a conseguir que el hombre descubriera su dignidad y su destino, lo que, por consiguiente, acerca o circunscribe un tal proyecto a los términos del humanismo marxista.

Francisco Caudet

[41] *«Instrucción y Educación», en* Ensayos, *p. 86.*